

[1]

**“LOS QUE SIEMBRAN ENTRE LÁGRIMAS  
COSECHARÁN ENTRE CANCIONES”**

Al rescate de la memoria ambiental popular de la Mesopotamia antigua

Dr. Friedrich Erich Dobberahn  
Profesor de Antiguo Testamento

São Leopoldo, Brasil

*A mis compañeros de estudio de Agronomía*

*Thomas Graf Rechberg*

*y Andreas Schugt*

**1. Abriendo los archivos de la historia...**

Durante bastante tiempo dudé en presentar esta temática, una temática indudablemente actual, es verdad, pero muy distante de nuestros tiempos en lo referente a los textos citados, que son principalmente de origen babilónico. Pero, por otra parte, hay o debería existir solidaridad entre las clases populares que, sea en el pasado, sea en el presente, lucharon y bregan por la vida, por la salud y por la alimentación de todos. Por lo tanto, la memoria de los primeros agricultores-ecologistas de los que tenemos noticia, no puede quedar relegada al olvido. ¡Tiene que ser contada y vuelta a contar! De ahí que será siempre deber nuestro abrir los archivos de la historia y salvar del polvo de los siglos y de los milenios los testimonios de aquellos verdaderos “seres humanos”. Y para poder rescatar esa memoria con reconocimiento y gratitud auténticos, vale la pena adentrarse en la investigación, aun en el caso de tratarse de una investigación de textos predominantemente extrabíblicos.

El Salmo 126, 5s, sin duda un salmo exílico, se presenta como una parábola de esa lucha ecológica:

[2]

*Los que siembran entre lágrimas, cosecharán entre canciones.  
El sembrador va llorando cuando esparce la semilla,  
pero vuelve cantando cuando trae sus gavillas.*

En general, estos versículos son interpretados a la luz de un hipotético ritual de luto para las ocasiones de siembra. Esta interpretación, sin embargo, no satisface bajo ningún punto de vista:

- a) Al parecer, la existencia de semejante rito no está plenamente comprobada.
- b) Los rituales de Osiris y de Tamuz (cf. Is 17, 10; Ez 8, 14) se refieren, de hecho, a la desaparición de la vegetación durante la estación seca del verano.
- c) Es poco probable que los exiliados hebreos se hubiesen acordado, en medio de la cultura babilonia y preocupados por la pureza de sus tradiciones religiosas, de ritos egipcios o que hubiesen descrito sus más sagradas experiencias por medio de costumbres y ritos paganos.

Se impone, más bien, a partir de las condiciones de vida de los exiliados, una interpretación más simple. Los exiliados, asentados en las inmediaciones de Nippur, cerca del “río Quebar”, un gran canal (Ez 1, 3 etc), aparecen en los archivos de Murašu principalmente como agricultores. Por consiguiente, conocían bien las lágrimas y los sufrimientos de todos los campesinos mesopotamios: éstos debían librar una lucha muy dura contra el deterioro de su suelo cultivable.

Lo que pretendo hacer ahora es rescatar a partir de los caracteres cuneiformes la memoria popular de aquellos primeros agricultores-ecologistas y volver a contar la historia de su lucha diaria y de su victoria...

## **2. “Los que siembran entre lagrimas...”**

Por “lágrimas de Tiāmat” se entendían los dos ríos principales de la Mesopotamia: el Eufrates y el Tigris. Para la exposición de los problemas y de las estrategias ecológicas de la Mesopotamia antigua, este detalle tiene importancia, en el sentido de que estos dos ríos son altamente salados. Y la razón por la que eran considerados “lágrimas de Tiāmat” es esta: de acuerdo con el mito de *Enūma eliš* (y, 5), Tiāmat, el monstruo del caos, fue muerta en ocasión de la creación del mundo, pero los ojos de Tiāmat muerta continúan brotan-

[3] do fuerzas caóticas y destructivas que, en forma de aguas saladas, amenazan permanentemente el medio ambiente mesopotámico.

En la mayor parte de la Mesopotamia, hay un índice pluviométrico anual de 100 mm, por lo que es considerada zona árida (desierto, semi-desierto, estepa). Una agricultura de zonas áridas (dry farming) que presente cosechas satisfactorias (1.500/2.000 kg/ha de sustancias secas) sólo es posible -sin riego artificial- a partir de los 200 mm de precipitaciones anuales. La Mesopotamia, por lo tanto, dependía necesariamente de la irrigación artificial. Y en esto residía precisamente uno de sus grandes problemas ecológicos: existía un constante peligro de salinización del suelo cultivable debido a la aplicación de agua de río salada. Para sobrevivir en aquella tierra árida, los campesinos mesopotamios tenían que regar sus tierras con aquellas “lágrimas de Tiāmat”, aun sabiendo que con ello -progresivamente a través del tiempo- quedarían tremendamente perjudicadas las condiciones de vida de las generaciones futuras.

Pero como si esto no bastase, el Eufrates y el Tigris enfrentaban a los agricultores de la Mesopotamia con otro problema más, no menos grave en términos ecológicos: cuando por la primavera esos ríos se transformaban en gigantescos torrentes, el campesino mesopotamio tenía que librar una dura lucha por su sobrevivencia. La tierra montañosa curda produce, para la época del deshielo (marzo, abril, mayo) enormes cantidades de agua que caen sin previo aviso sobre la tierra de aluvión que presenta un fuerte declive en dirección sur. El Eufrates tiene sus crecidas ya a mediados de abril y alcanza su índice más alto en mayo. El Tigris comienza sus crecidas en febrero, alcanzando su nivel más elevado en la primera mitad del mes de mayo. Sus desbordes laterales amenazaban con destruir los pastizales y los campos ribereños; los ríos amenazaban también con cambiar sus cursos; y las inundaciones, como asimismo el nivel de la napa freática, que se elevaba, amenazaban con salinizar y transformar el suelo cultivable en zona pantanosa.

Eran momentos de peligro, por otra parte, que no afectaban al Nilo en Egipto, porque el Nilo no lleva en sus aguas sulfato de magnesio, la velocidad de su corriente es lenta y sus crecidas, previsibles. En la lucha contra los factores climáticos y geográficos, extremadamente desfavorables, por lo tanto, los campesinos mesopotamios (no así los agricultores egipcios o palestinos) fueron los que adoptaron las primeras medidas ecológico-económico-sociales en el Antiguo Oriente. Y procedían así porque se encontraban, respecto del Eufrates y del Tigris, en un dilema, del que no tenían como escapar: las aguas del Eufrates y del Tigris viabilizaban su existen-

[4] cia campesina, es verdad; pero al mismo tiempo amenazaban la creación, el medio ambiente y la sobrevivencia, aun de las generaciones posteriores.

### **3. Qué técnicas ambientalistas se aplicaban en la Mesopotamia**

Nos vamos a ocupar, a continuación, de las estrategias y las prácticas ambientalistas de aquella gente mesopotamia que a diario trabajaba una tierra bajo continua amenaza. Como ya dije, las condiciones geográficas y climáticas confrontaban a la gente con un dilema prácticamente insoluble. Vimos que, debido a las condiciones climáticas, resultaba imposible llevar a cabo la agricultura (datileras, árboles frutales, cereales/verduras/plantas forrajeras) sin recurrir a la irrigación artificial durante la estación seca del verano, aunque ello significase una creciente salinización del suelo. Además de esto, existía también todos los años el riesgo de las arrasadoras inundaciones y de la formación de pantanos, cuyos perniciosos efectos analizaremos más adelante. Las crecidas de los ríos llegaban a la Mesopotamia siempre en el momento más inoportuno: demasiado tarde para las plantaciones del invierno y demasiado temprano para las plantaciones de verano.

Respecto de esto, vamos a introducir aquí al menos un conciso comentario sobre la técnica con la que los agricultores mesopotamios intentaban enfrentar esos múltiples desafíos ecológicos. Habían desarrollado un sistema perfecto de captación, almacenaje y distribución de las aguas de los deshielos de la primavera. Para controlar las aguas que ponían en riesgo su existencia, pero que al mismo tiempo la posibilitaban, los agricultores de la Mesopotamia habían construido una verdadera red de innumerables canales, zanjones, diques y compuertas, que formaba un sistema combinado de almacenaje, irrigación, drenaje y transporte. Existían cinco mecanismos básicos en el sistema, cuya observancia resultaba vital para la sobrevivencia de todos en el campo:

- a) Para evitar la destrucción e inundación de los diques y de las demás instalaciones de riego, así como de los campos linderos con los ríos, las aguas de las crecidas debían ser captadas y encauzadas.
- b) En caso de inundación (por la ruptura de uno de los varios diques, lo que sucedía de tanto en tanto), se debía contar con medios para drenar de nuevo el suelo, que de lo contrario, quedaba salitroso.

[5]

e) Para regar los campos en tiempos de sequía, las aguas de las crecidas tenían que ser almacenadas, porque llegaban, como ya vimos, demasiado tarde para las siembras de invierno y demasiado temprano para las de verano. Sin embargo, no había cómo cultivar la tierra sin irrigación artificial.

d) En los nueve meses de sequía, se debía elevar artificialmente el bajo nivel de los ríos y de los canales principales, si se quería llevar el agua almacenada hasta los campos. Para ello se habían inventado las “norias”, unas grandes “ruedas elevadoras” (*na'ura*), parecidas a las “ruedas elevadoras” egipcias (*saquiyya*). Los lechos del Eufrates y del Tigris, a pesar de sufrir un fuerte proceso de sedimentación (de esto trataremos más adelante), tenían un nivel bastante más bajo que el de las tierras que yacían a lo largo de sus recorridos.

e) Cabe mencionar además que una gran parte de los canales, ampliamente ramificados, también era navegable, sirviendo así de vías de transporte para el comercio interior.

#### 4. “...va llorando cuando esparce la semilla”

¡Encima de las lágrimas de Tiāmat, todavía las lágrimas de los campesinos mesopotamios! Para poder responder a la cuestión de la íntima relación entre la destrucción ambiental y las secuelas sociales, vamos a observar más de cerca los dos momentos principales de riesgo ecológico que ya conocemos: el de las crecidas y el de la salinización. Comencemos con las inundaciones, con sus causas y consecuencias.

##### a) *Las causas y las secuelas sociales de las inundaciones*

En comparación con el Nilo, el Eufrates y el Tigris arrastran cinco veces más de *materia sedimentaria*. Tanto el Eufrates como el Tigris no erosionan su lecho; están entre aquellos ríos en los que hay mucha sedimentación, con predominio de sedimentos blandos. Por esta razón, sus lechos debían ser controlados metódicamente: debían ser dragados periódicamente, para que el agua no quedase estancada acumulándose así un exceso de sedimentación en los mismos. En la literatura babilonia encontramos constantemente instrucciones referidas al mantenimiento y el dragado regular de canales y ríos. Pues las acumulaciones sedimentarias provocaban mayores riesgos de inundación, haciendo también que los ríos mudasen sus cursos. Al contemplar mapas históricos de la época de los Otomanos,

[6] llama la atención que el trazado de los ríos iraquíes se fue modificando constantemente y que una vez corrían por aquí y otra por allá. Este alto grado de sedimentación, además, le dio a la Babilonia central su nombre actual. Los geógrafos árabes designan esta área, que ocupa el centro y el sur del actual Irak, *ar-rusubiyya*, o sea, “tierra sedimentaria” (como derivación de *rusub*, “sedimento”).

Además de la intensa sedimentación, existe otro factor, el de la *velocidad de la corriente*. De acuerdo con los cálculos del geógrafo inglés W. Willcocks, en Egipto hay un declive en el terreno que es de “un pie por milla”, mientras que en la Mesopotamia el declive es cinco veces mayor. Este declive, bastante más acentuado (cinco pies por milla), explica la velocidad de la corriente, relativamente elevada, del Eufrates y del Tigris. Esto significa que, principalmente en épocas de crecidas, la fortísima corriente de los ríos amenazase con romper los diques y las represas y que pudiese inundar los campos a lo largo de los ríos. Por eso los agricultores babilonios construían acueductos y diques en las márgenes de los ríos principales, para proteger así sus campos contra la erosión lateral y las eventuales inundaciones. Estos diques, además, no eran amenazados sólo por las crecidas de los meses de marzo, abril y mayo, sino también por las tribus nómadas en épocas de inestabilidad política. Para el campesinado, la ruptura de un dique representaba una catástrofe, por cuanto que los grupos pastoriles invasores sacaban grandes ventajas del mismo. Después de años de sequías, no dudaban en abrir para la primavera brechas en los diques, para regar así sus pastizales circunvecinos, inundándolos.

El geógrafo inglés anteriormente citado, W. Willcocks, relata que en el año 1909, para la época de la creciente del Eufrates, vio pasar entre Ramadí y Hiyat nómadas con más de 50 rebaños de ovejas. La aparición de estos nómadas sembró pánico entre los agricultores locales, que se armaron para ahuyentar a los pastores nómadas que habían abierto brechas en los diques del Eufrates. Al preguntarle Willcocks a uno de los líderes de los agricultores por qué no dividían las tierras entre ellos, dejando inundar una parte y reteniendo la otra para el cultivo, recibió como respuesta que no conseguían llegar a un acuerdo sobre la cuestión.

Las alteraciones en los cursos de los ríos y la consiguiente pantanización eran, para la época, catastróficas en términos ecológicos, acarreando consecuencias sociales imprevisibles. Ya en los antiguos tiempos mesopotamios y bíblicos las alteraciones de los cursos de los ríos implicaban que muchas ciudades debiesen ser abandonadas y que se desmoronasen. Y por todas partes se formaban pantanos,

[7] porque a lo largo del nuevo lecho surgían áreas de inundación. En estos casos de pantanización, no se trataba del surgimiento de áreas de bañados de agua dulce, fértiles, considerados actualmente como ecosistemas y biotipos valiosos. En la Mesopotamia se trataba de áreas de agua salada, que ofrecían un hábitat favorable sólo para peces, garzas, cerdos salvajes y búfalos. El impacto social negativo del cambio incontrolado del curso de un río y de la formación de pantanos, decisiva en términos sociales, estribaba en que se perdían ahí tierras cultivables valiosas, se destruían zonas de colonización perfectas y surgían peligrosos focos de dolencias febriles, de epidemias y de plagas.

En vista de que la naturaleza de las áreas pantanosas se oponía a su utilización agrícola tradicional y resultaba nociva a la salud de la población, su drenaje se consideraba un mérito cultural. Los reyes babilonios se vanagloriaban constantemente en sus inscripciones de haber creado “tierra seca”. Si los cursos de agua y los canales se hubiesen descuidado desde el punto de vista ecológico, habrían irrumpido inevitablemente y se habrían intensificado las epidemias y se habría producido un desmoronamiento del orden social. Este surge con claridad también de la siguiente consideración.

Si el curso de un río se alteraba por excesiva sedimentación o por ruptura de diques, había sequedad, desertificación del suelo y degradación de las tierras cultivables a lo largo del lecho antiguo del río. Consecuentemente había escasez de alimentos. Y ésta, a su vez, provocaba una suba de precios y carestía. Inundaciones y alteraciones de los cursos de los ríos, además de ello, provocaban la aparición de conflictos entre la población. La tribu en cuyo territorio se habían roto diques o había acontecido una alteración del curso de un río, se veía obligada a emigrar a otra región. Allí era vista como invasora y con facilidad se producían confrontaciones armadas. Sin duda podemos afirmar que el campesinado mesopotámico tenía que luchar por la posesión del suelo cultivable, como también las tribus beduinas por los pastizales a la orilla de los desiertos y de los oasis, lo que tonificaba el egoísmo tribal y la costumbre de hacer incursiones de venganza y ataques sorpresivos. Los grandes reinos mesopotámicos, por lo tanto, vivían en una constante amenaza interna de que las tribus nómadas que ya habían sido asentadas y apaciguadas se levantasen contra las tribus vecinas y retomasen sus hábitos nómadas. Para el campesinado la preservación cuidadosa de las condiciones ecológicas se tornaba, de esta manera, en una medida de extrema urgencia, garantía para la paz interna de los reinos mesopotámicos.

[8]

b) *Las causas y las consecuencias sociales de la salinización del suelo*

Continuamos con la salinización del suelo. La salinización del suelo, además de diezmar las matas, causa daños ambientales que se consideran, aun hoy en día, irreversibles. Las aguas del Eufrates y del Tigris, como también la napa freática de la Mesopotamia, contienen cantidades enormes de sal amarga (sulfato de magnesio), dado que los ríos corren por regiones yesíferas y desiertos calcáreos. La salinización del suelo en la Mesopotamia tenía, por eso, un impacto fortísimo sobre la actividad agrícola, causando una declinación en la producción de trigo frente a la de la cebada, así como una reducción sustancial de la cosecha de cereales en general.

Los “antepasados” de nuestro trigo y de nuestra cebada son gramíneas que crecen en alturas medias (preferentemente entre los 750 y los 1.000 m sobre el nivel del mar). Actualmente se supone que el tipo de trigo *triticum spelta* y *triticum dicoccum* fueron introducidos en la Mesopotamia junto con la cebada salvaje *hordeum spontaneum* hacia el 5500 aC y que allá eran cultivados originalmente uno junto al otro.

Hacia el 3000 aC, en la época de los sumerios y de las antiguas dinastías de la Mesopotamia, todavía podemos calcular una proporción en la producción de trigo y cebada de 1:1. En aquella época también se daba, y en gran estilo, el riego regular de los campos. Los textos sumerios de los así llamados archivos de Girsu (ca. 2400 aC) ya registraban una perceptible salinización del suelo en las 160.000 ha del reino de Lagas; los mismos calculan cosechas de cereales que, traducidas en medidas de hoy, eran de 17 qm/ha, y debido a la salinización ya indican una relación de 6:1 entre la cebada y el trigo (más sensible éste a la salinización). Los próximos siglos hasta ca. 2100 aC, hasta la tercera dinastía de Ur (2065-1955 aC), se caracterizaban por invasiones de tribus nómadas, por las conquistas de los acadios y amorreos y por la declinación temporal del sistema de riego. Los documentos de Ur III registran en tal caso, a causa de la salinización del suelo, una caída de las cosechas a casi 10 qm/ha e indican una relación entre la cebada y el trigo de 50:1. G. Pettinato, basándose en las “tablas redondas” de la época del rey Ibbisin (2027-2003 aC), considera, entretanto, las cosechas todavía ricas: se habrían multiplicado la cantidad de siembras entre 30 y 40 veces. Con Hammurabi (1792-1750 aC) se inició un largo período, durante el cual se le brindó un control cuidadoso a la irrigación y al drenaje del suelo; en parte hubo inclusive cultivo intensivo. Sin embargo,

[9] en la época de la dinastía casita (a partir de ca. 1520 aC) llegó a cultivarse sólo todavía cebada, y las cosechas cayeron más todavía, a cerca de 7 qm/ha. Es interesante que, en la época de los Persas, Herodoto todavía destaca la increíble riqueza de las cosechas mesopotamias (I, 193), a pesar de la intensa alcalinización del suelo, registrada por documentos asirios y neobabilónicos hacia el 500 aC. Actualmente las cosechas rondan los 6-9 qm/ha.

Mientras la ingeniosidad humana estaba en condiciones más o menos satisfactorias de captar las aguas de las crecidas anuales y de aprovecharlas en períodos de sequía, se conseguía frenar el proceso de salinización, pero no contenerlo por completo. Acá entraba a funcionar una bomba de tiempo que difícilmente podía ser desactivada. Es verdad que este proceso de salinización se extendió por lo menos durante 2.000 años. Y si tenemos en cuenta que -según estudios actuales- la salinización de la Mesopotamia, por sí sola, ya imposibilitaría el cultivo regular de los cereales *dentro de una generación*, estos datos adquieren una significación bien diferente: al existir un tenor salino de 300 mg por litro, 1.000 ml de agua de río bombeados sobre los campos darían como resultado un proceso acelerado de salinización (si no existiese drenaje). Los campesinos mesopotamios, por lo tanto, se habrían defendido muy bien contra la salinización del suelo recurriendo al drenaje. Y es sólo gracias a sus técnicas ejemplares que consiguieron retardar de manera tan eficiente el proceso de salinización. C. Mesters dice:

*¡De lo seco, el verde brotó,  
de la cruz, surgió la alegría!  
¡De lo flaco, la fuerza creció,  
de la muerte, irrumpió la vida!*

Fuera de la medida preventiva de drenar metódicamente el suelo, no conocemos ninguna otra medida directa que se pudiese tomar contra la salinización del suelo. La desnitrización del suelo es considerada todavía hoy un problema insoluble, a no ser que se proceda como se intentó resolver el problema en el siglo IX dC en el imperio musulmán. Ejércitos de esclavos traídos del este de Africa fueron forzados a retirar la crosta salinizada de la superficie del suelo. Concentrados en grandes grupos, vivían en la miseria absoluta y tenían que trabajar bajo las circunstancias más horribles, vigilados por implacables capataces. Todo esto, con todo, aconteció en una región salitrosa todavía inexplorada, al sur de Irak (al este de Basra) y servía apenas para la explotación de salitre y sobre todo para iniciar allí una plantación de caña de azúcar. Detrás de todo esto había un proyecto ambicioso de latifundistas mesopotamios

[10] que deseaban participar de la cadena lucrativa comercial del Océano Índico. Este proyecto se mostró inviable, porque los esclavos negros, al final, se rebelaron, llegando hasta a instalar una república autónoma, que existió entre los años 869-883 dC, y conquistó extensos espacios al sur de Irak.

*c) Otros factores: superpoblación y superpastoreo*

Debido a la salinización del suelo, los centros de cultura mesopotamia ya habían sido transferidos, a partir del año 3100 aC, del sur (Eridu, Ur) al norte (Uruk, Lagas, Nippur, Babel), a una región, por lo tanto, bastante requerida también por grupos semitas de proveniencia nómada.

Con esto agregamos dos factores más de degradación del medio ambiente, los de la superpoblación y del superpastoreo. La población de la Mesopotamia, en su historia, aumentaba considerablemente y, con ello, crecía también el número de rebaños, cuya cantidad perjudicaba la vegetación.

Actualmente no todos los investigadores continúan dando fe a la así llamada teoría de las “ondas (in)migratorias” o de la “infiltración”, que afirmaba que los pueblos nómadas irrumpieron en reiteradas oportunidades en tierras cultivadas. Pero indudablemente hubo tales mudanzas poblacionales, con serias consecuencias para la población del Asia Menor. Me refiero aquí a las superposiciones lingüísticas, a observaciones en cuanto al ámbito cultural, sobretodo el jurídico. Según los documentos históricos a nuestra disposición, no resultaba raro que grupos tribales migraran masivamente a la Mesopotamia, asentándose allí y mezclándose progresivamente con la población autóctona. H. Klengel puso de relieve con prolijidad las causas de tales presiones nómadas sobre las tierras cultivadas.

Cuando años de sequía, carestía, terremotos, tempestades, plagas de langostas y epidemias entre los rebaños empujaban a los nómadas hacia las tierras cultivadas, naturalmente eran considerados por la población local como invasores y enemigos. Se puede presuponer que los campesinos mesopotamios, acosados por iguales catástrofes, se las tenían que ver con grandes dificultades para adaptarse a estos grupos de inmigrantes.

Según el relato bíblico de Gén 4, 2-16, una parte de la humanidad es expulsada de los campos por conflictos armados y pasa a vivir en ciudades; la creación de la cultura urbana surge, por lo tanto, como obra de quienes, al abandonar los sembrados, necesita-

[11] ban procurarse un nuevo medio de subsistencia. Tenemos así una memoria histórica de otra re-estructuración de la población mesopotamia: la memoria de los éxodos rurales, causados por la degradación del suelo debida a las invasiones y las guerras.

Tal superpoblación y sus efectos concomitantes se refleja nítidamente ya en el mito de Atrajasis (ca. 1500 aC): los dioses se vieron forzados a intervenir y lo hicieron a su modo:

- 1- (352) *[No tenían todavía recorridos 12]00 (?) años,*
- (353) *[y el país ya se había expandido], las personas multiplicadas,*
- (354) *el país rugía [como toros].*
- (355) *El dios se contrarió [con el ruido que hacían],*
- (356) *[Enlil escuchó] sus gritos (rigmum)*
- (357) *[y dijo] a los grandes dioses:*
- (358) *[“Me importunan] los gritos (rigmum) de la humanidad;*
- (359) *[por el rumor que producen] ando desvelado;*
- (360) *[den órdenes para que sobrevenga una fiebre] de frío!”*

Con este texto se inicia un episodio (1, 352 - III: vii, lss) que habla de una considerable superpoblación en la región mesopotamia. Los “gritos” de la humanidad, que resultan estridentes por demás, son causados -como en Gén 4, 10- por conflictos bélicos (cf. I, 77 etc), por supuesto, entre agricultores e inmigrantes nómadas. Para mantener bajo control esta superpoblación y -como se dice en Gén 6, 5ss- esta corrupción de la humanidad, los dioses enviaron varias plagas y, por último, el “diluvio”. Después del diluvio todavía toman algunas medidas preventivas que en el futuro habrían de restringir el aumento descontrolado de la población: crean la esterilidad de la mujer, el demonio femenino Lamaštu, que provoca una alta tasa de mortalidad infantil, y varias órdenes religiosas femeninas, en las que era deber religioso no tener hijos. En todas estas formulaciones mitológicas se reflejan evidentemente las graves consecuencias de las invasiones nómadas, vinculadas con guerras, destrucciones del sistema de riego artificial, pantanizaciones y epidemias de fiebre.

Habrían explotado muchos más conflictos armados si no se hubiese encontrado una solución conciliatoria de repartición de las tierras, permitiéndoles a los grupos invasores asentarse en zonas de pastoreo todavía no cultivadas. Este principio fue practicado con buenos resultados, por ejemplo, en Mari bajo el rey Zimri-Lim (1782-1759 aC). Se trataba, en fin de cuentas, de evitar el impacto de la devastación y de la pantanización, provocadas por las guerras, que habrían acabado no sólo con el sistema de irrigación, sino también con el de la alimentación y de la salud popular.

[12]

## 5. “... y cosecharán entre canciones!”

Lo que los exiliados habrían podido observar fue, por un lado, la coincidencia fatal de una serie de factores ecológicos adversos que formaban un círculo vicioso del que prácticamente no había forma de escapar. Por otro lado, habrían experimentado que, a pesar de todo ello, era posible detener por *millares de años* daños ecológicos inevitables. Herodoto, en sus “Historias” (I, 193), como Plinio en su “Historia de la naturaleza” (VI, 26, 122), elogiaban la increíble fertilidad de la Antigua Babilonia. Era cierto: ¡Los que sembraban entre “lágrimas”, cosechaban entre canciones! Sufriendo bajo las circunstancias más desfavorables, sembraban las semillas; pero regresaban cantando, al traer sus gavillas. Fueron, en última instancia, el operariado agrícola en los diques y el campesinado mesopotamio, los que realizaron durante un sinnúmero de generaciones ese gran proyecto ecológico de la Mesopotamia. Aunque fue apoyado por la estructura estatal, fue el trabajo de aquellas gentes el que garantizó la supervivencia, la alimentación y la salud popular en la Mesopotamia, incluso hasta hoy.

Me gustaría finalizar esta exposición entretejiendo algunas consideraciones sobre la falencia de la “*teoría de las sociedades hidráulicas*”, una teoría bastante ideologizada, a costa del sacrificado empeño del operariado agrícola en los diques y el de los agricultores en los campos de la Mesopotamia.

Es fuerte la tentación de atribuir la instalación de una verdadera red de canales por la Mesopotamia a la existencia de una administración centralizada de las obras de irrigación, en un país de clima tan desértico. Esta tesis fue muy popular en el siglo pasado (K. Marx) y en una buena parte de nuestro siglo (K. A. Wittfogel y J. Vercoutter). Esta teoría, empero, se muestra insuficiente, debido al hecho de que, según investigaciones recientes, el sistema de irrigación artificial tenía al principio un *carácter local*; no existe ninguna prueba de un *origen centralizado* de las redes de irrigación. En estas condiciones, todo indica que el papel de la agricultura de riego le cabía a cada aldea económicamente independiente y que el trabajo necesario para la obtención de un excedente de alimentos estaba holgadamente al alcance de tales pequeñas unidades de producción. El papel del Estado era otro; era principalmente militar y centralizador, con una finalidad de explotación en favor de las castas militares y sacerdotales. C. Mesters dice:

[13]

*«En el corazón de tu pueblo colocaste una fuente,  
capaz de transformarse en caudaloso río.  
En el corazón de cada uno de nosotros están los afluentes  
para regar el suelo de nuestra tierra, fertilizar las simientes  
y alimentar a nuestros hijos».*

Así, no existe motivo alguno para la teoría de que los campesinos, en interés de una obra comunitaria mayor, hubiesen asumido los compromisos necesarios sólo *por la fuerza* de una burocracia central. Las razones para esto son evidentes; se basan en observaciones elementales del campesinado mesopotámico, en la práctica de cada día, y no en ideologías o mitologías alienantes. Mencionamos sólo tres:

a) *La limitación de los recursos por principio*

Los campesinos mesopotámicos experimentaban que su mundo estaba rodeado de fuerzas caóticas, situación ésta que significaba para ellos una *limitación por principio*. Les resultaba obvio que el precio de su supervivencia consistiese en tomar medidas ecológicas preventivas y que tuviesen que autoimponerse restricciones económicas. No existían -como en el AT (Gén 9, 12ss)- garantías salvíficas respecto del futuro del mundo. El futuro del mundo como un todo quedaba garantizado únicamente por medio de los cuidados ecológicos.

b) *La destructibilidad fundamental del mundo*

Mientras que en Egipto el primer deber del campesinado era mantener en orden las condiciones relativamente favorables, el primer deber de los agricultores mesopotámicos consistía en el manejo activo de un permanente estado de emergencia. Sobre esto dan testimonio de manera impresionante los grandes avances de la astrología y de la ciencia de los augurios. Según un dicho famoso del historiador Herodoto (II, 5), Egipto y su fertilidad eran un “regalo del Nilo” a los seres humanos. Para el campesinado mesopotámico no existía tal seguridad existencial; las muchas versiones babilónicas de la historia del diluvio demuestran un reconocimiento ecológico evidente, que aun hoy nosotros tenemos que alcanzar: la percepción de la *destructibilidad fundamental* de nuestro planeta.

c) *El “Apocalypse now” y la ausencia de una escatología tranquilizadora*

Hay todavía un tercer punto a considerar: se dan *correlaciones*

[14] *directas* entre los crímenes contra el medio ambiente y los desenvolvimientos sociales errados. Los campesinos mesopotamios, probablemente, fueron los primeros en observar que los crímenes contra el medio ambiente pueden ser identificados, de inmediato, como crímenes sociales, como crímenes contra la misma convivencia humana. ¡El descuido o la destrucción del medio ambiente, por lo mismo, tienen que ver con secuelas que se manifestarían aquí y ahora y no en tiempos “escatológicos”, distantes! La sociedad que descuida o destruye su medio ambiente -esto es lo que nos estarían diciendo los campesinos de la Mesopotamia- se está destruyendo ya a sí misma.